

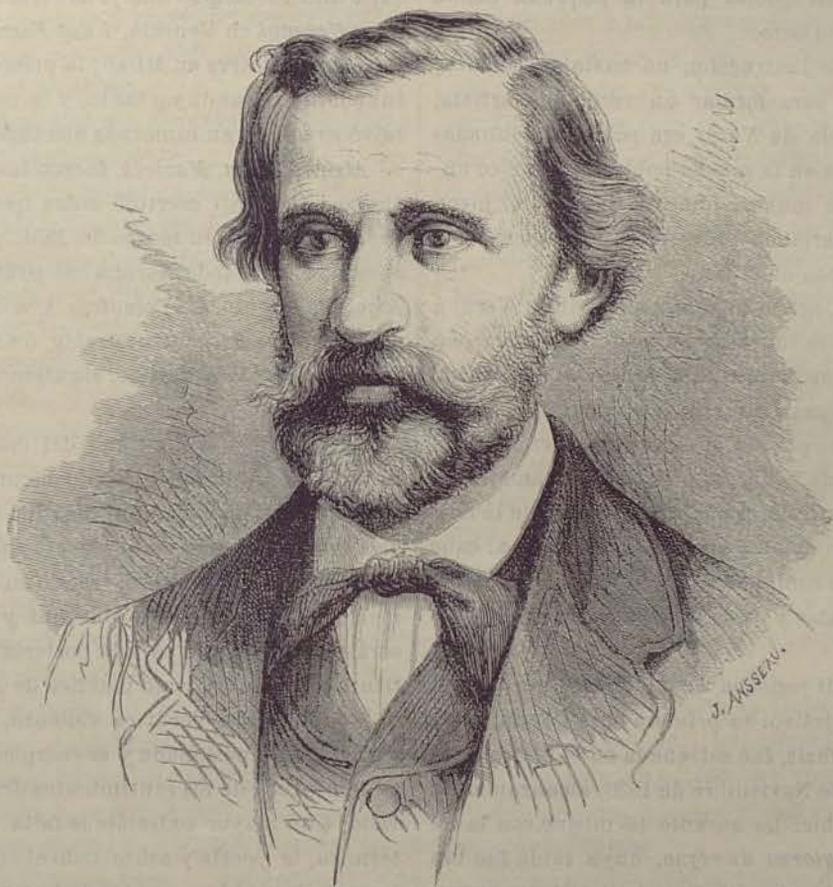
SEMANARIO FAMILIAR PINTORESCO.

SUMARIO: GALERÍA DE CELEBRIDADES: Verdi.—Las viandas. (Conclusion.)—EL PÁRIA: Costumbres del Indostan.—CIENCIA FAMILIAR: Transformacion futura de la tierra.—VIAJES: El elefante blanco.—Fábulas árabes.—Los hijos del

lio Tom.—MODAS: Traje de otoño para visita. Traje de otoño para paseo.

GRABADOS: Verdi. Formacion de una isla sobre el cráter de un volcan. El rinoceronte y las najas. Modas.

GALERÍA DE CELEBRIDADES.



VERDI.

Hace veinte años, durante la guerra de la independencia italiana, que principió con la emancipacion de la Lombardia y continuó con la de la Toscana y la de los ducados y reino de Nápoles, el nombre de un gran artista servía de símbolo ó de grito de union á las poblaciones que querian emanciparse del yugo de un despotismo execrado y contribuir á la unidad de su patria. Por más

trabas que se opongan á la libertad, los pueblos oprimidos siempre tienen á mano ingeniosos medios de dar á conocer sus aspiraciones, y los italianos no encontraron nada mejor que servirse del nombre de uno de los suyos, de un músico que hacía quince años dominaba como maestro en todos los teatros de la península, y cuya fama era universal.

cion, no podrá usted suponer, por lo tanto, sin faltar á la lógica, un animal harto diminuto para pasar á través de una substancia por la que el aire mismo no pasaría. Acontece absolutamente lo propio, en sentido contrario, con todos los astros: por grandes que los concibamos, su cualidad de cuerpos les impone precisamente un límite fatal á sus dimensiones, pues, si fuera infinito el grandor de uno solo ¿cómo podríamos llamarle cuerpo, ya que sin límites no tendría forma, y en donde estaría el lugar de los demás? No cabe el infinito en la materia.

Basta ya sobre este punto, ageno á nuestros estudios: volvamos á nuestros pequeños trabajadores. Como encargados por la naturaleza de hacer un primer apartado de los sedimentos, tienen siempre sus talleres en la embocadura de los rios; y los experimentos hechos antiguamente y en nuestros dias por los ingenieros nos permitirán apreciar la importancia de los materiales elaborados por los diatomeos y por los foranimíferos.

Ha calculado Rennel que el Ganges arrastra al mar 860,000 metros cúbicos de tierra por hora, y que deposita el Nilo en el propio tiempo 6,000 metros cúbicos de limo en su embocadura. El Misisipi aporta 2,742 metros; el rio Amarillo, en China, 686 metros; y el Ródano, cuyo desagüe anual es de 54 ó 55,000 millones de metros de agua, arroja al mar 21 millones de metros cúbicos de arena cada año. El Sena, en sus mayores profundidades contiene por término medio 250 gramos de materias sólidas por metro, de modo que, si bebe usted dos litros de aquella agua en un dia, introduce en su estómago un gramo de substancias minerales. Alejándonos de los rios, hallamos en todas partes, desde el pié de las escarpaduras hasta los más profundos sitios en que pueden dragar nuestros aparatos de pesca, una innumerable cantidad de moluscos y crustáceos elaborando la cal en pró de sus conchas y envolturas; todo lo cual proviene de nuestros continentes. Una flora abundante en bosques, fucos, algas, ovas, que se asimilan el carbono, el sílice, el sodio, el yodo, el bromo, y cuyos despojos no son menos potentes para rellenar los profundos valles, completa el conjunto de tal accion de la vida sobre el mundo mineral.

(Se continuará.)



VIAJES.

EL ELEFANTE BLANCO.

(Continuacion.)

III.

EN CAMINO.

La bolsa vacía.—Compromiso temporal.—El Menam.—Despedida del mandarin.—Entrada en el bosque.—Al pié de un árbol de terrible follaje.—Las najas.—Una fuga penosa.—Un rinoceronte.—Una agradable sorpresa.—El morral recobrado.—Comida frugal.—Un intruso.—El combate.—Una banda de buitres.—Una tajada de cinocéfalo.—En busca de una fuente.

Tungng no tardó en advertir la falta que principiaba á hacerle el dinero que le habia dado su amo. Las aguas del Menam y las de los rios que en él desaguan cubrian hasta perderse de vista el campo, y para llegar á un terreno elevado, á cubierto de inundaciones, desde donde puedan ganarse á pié las montañas y los bosques del Este es preciso tomar una barca.

Como no tenia ni siquiera una sola moneda, Tungng iba á encontrarse sitiado por hambre en Ajuthia, cuando un mandarin que iba en peregrinacion á Phrabát, uno de los lugares santos de Siam, necesitando un remero, le propuso, viéndole abatido y cabizbajo á orillas del rio, formar parte de la tripulacion de su barca, mediante darle una cantidad de arroz, pescado y bananas para su sustento diario. Tungng aceptó, y hácia medio dia remaba ya en la embarcacion del mandarin, contento de esta fatiga que, á su entender le hacia más merecedor y más digno de acometer su proyectada empresa.

En las hermosas y pintorescas orillas del Menam notábase en aquel momento mucha animacion, mucho ruido; por todas partes se oian gritos y cantos, que es uno de los rasgos característicos de las zonas tórridas la aficion al ruido; algunos pilluelos se ensayaban en dirigir barcas, ó jugueteando como peces en las profundas y rápidas aguas del rio, se perseguian hasta llegar cerca de la quilla de la embarcacion; zumbaban los insectos, cantaban los pájaros, el sol despedia rayos abrasadores y el horizonte ofrecia á la vista tintas admirables.

Sentado en almohadones debajo de un cobertizo de paja de arroz que amparaba toda la embarcacion, el mandarin excitaba á sus cuatro remeros, gritando con frecuencia: Vah! .. Vah!.. y golpeando bárbaramente de vez en cuando con un junco la espalda de alguno de ellos.

Tungng, que no era de complexion fuerte, probaba el junco más á menudo que sus compañeros, sin quejarse, empero, temiendo tan solo que le faltasen las fuerzas, y que el mandarin, que tenia traza de poseer un corazon tan tierno

como una piedra de granito, no le abandonase como inútil y embarazoso á mitad de la travesía en algun aislado cerro de la orilla del rio, en medio de un terreno inundado. Por fortuna sostuvo su voluntad, su valor y su pasion, y aunque abrumado de fatiga, llegó con su nuevo amo al pueblo donde debían saltar á tierra y desde el cual podria partir para practicar sus exploraciones.

Mientras el mandarin entraba en la casa del jefe de este pueblo para que le facilitase un ele-

TRANSFORMACION FUTURA DE LA TIERRA.



Formacion de una isla sobre el cráter de un volcan.

fante, en el cual pudiese dirigirse á su destino, Tungng se echó á la espalda el morral, y con el herrado baston en la mano, se internó en el bosque con direccion á Oriente.

«Al fin hemos llegado» exclamó levantando la cabeza como en desahogo de sentirse aliviado de un gran peso, y mirando al cielo, como si en él debiese ver al elefante blanco y á Má.

Andaba en línea tan recta como podia, impaciente, con inquietud febril, deseoso de no perder una sola hora ni un solo minuto, y devorado por el afan de lograr su intento.

A la caída de la tarde, cogió por el camino unas cuantas bananas, detúvose al pié de un árbol, comió con buen apetito, y, durmióse profun-

damente, ayudándole á conciliar el sueño el monótono canto de las cigarras.

Al apuntar el alba despertáronle las voces de millares de aves, tales como arvelas, tórtolas, curruacas y drontes, frotóse los ojos y dió una mirada á su alrededor.

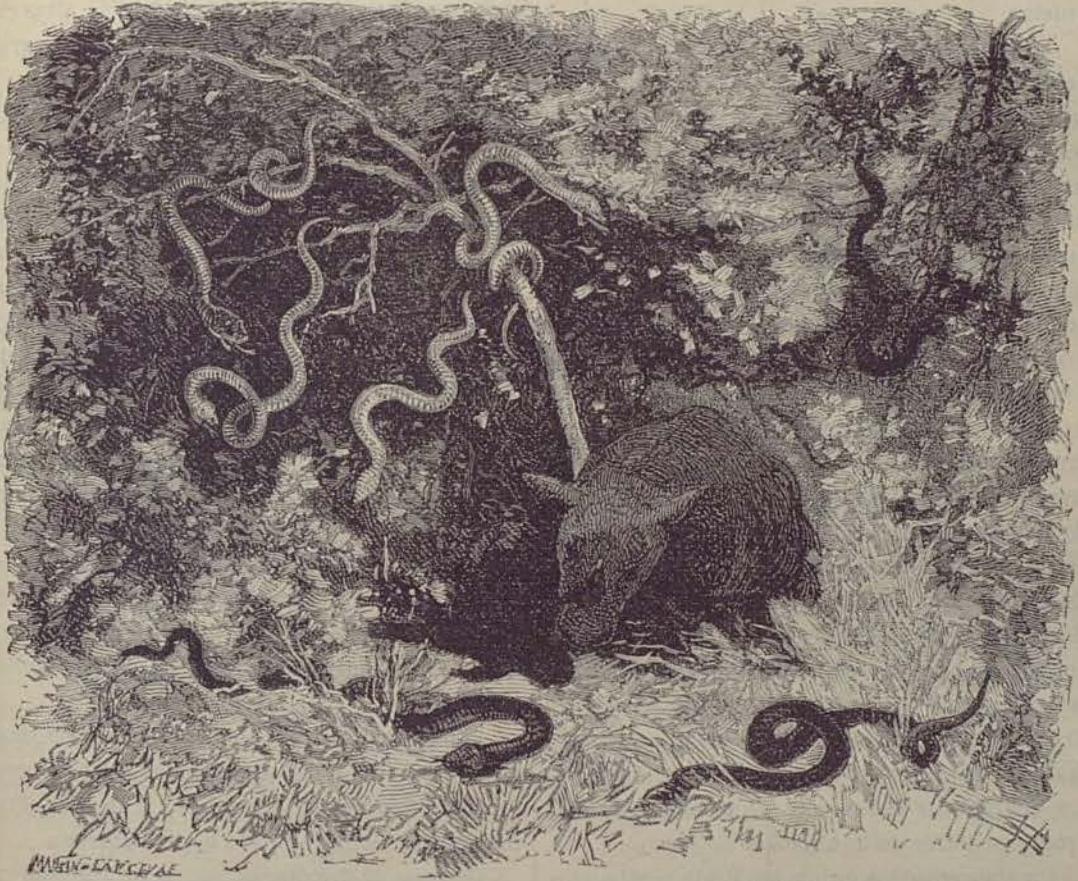
Se hallaba en plena soledad. Por un lado extendíase hasta perderse la vista un terreno pantanoso, en que crecian mezclados y confundidos entre sí juncos, bambúes y arbolillos; por el otro lado el suelo se elevaba bruscamente y estaba cubierto de bosques.

«Sí, aquí encontraré yo al señor elefante blanco!» dijo para sí, sonriendo. Y al decir esto levantó maquinalmente los ojos y quedó petrificado.

El árbol, á cuyo pié meditaba con toda tranquilidad, y á cuyo amparo había pasado la noche, estaba erizado de reptiles venenosos de la especie más peligrosa, de gruesas najas entrelazadas unas con otras, enroscadas en las ramas y balanceando sus cabezas sobre Tungng.

En la época de las inundaciones, en Siam, las serpientes arrojadas de los terrenos bajos, al

igual que los demás animales, se refugian con preferencia en los árboles, donde devastan los nidos de las aves, y aguardan que las aguas se hayan retirado. Entonces si se descansa en la sombra en los confines de algun bosque, es una imprudencia olvidar que se puede tener por vecinos á esos reptiles, porque son muy agresivos por naturaleza, y el veneno que destilan es tan



El rinoceronte y las najas.

sutil que mata en pocos instantes.

Al pensar Tungng en la muerte horrible, á cuyo lado había dormido por espacio de seis ó siete horas, y en la que le amenazaba en aquel momento, sintió correr por su cuerpo frío y abundante sudor y turbársele la vista.

Coger el revolver y descargarlo contra aquellos reptiles hubiera sido esponerse á que le asaltasen en el acto, además de que tenía el revolver dentro del morral, y juzgaba imposible sacarlo sin irritar á las najas. No menos difícil le parecía salvarse con su equipaje, y no obstante,

esto es lo que intentó con toda la maña y prudencia propias de un indio.

Al primer movimiento que hizo para tomar su morral, los reptiles hincharon el cuello y miraron á Tungng con aterradora fijeza. Detúvose el indio; no tenía á mano el morral y fuéle preciso abandonarlo. Kra una pérdida irreparable; pero valía más perder el morral que la vida. Intentó recoger el baston herrado que tenía á su izquierda, y las najas le dejaron inmóvil por segunda vez, alargando hácia aquel lado sus amarillos cuerpos.

Comprendiendo Tungng que no podía moverse impunemente, tomó el partido de arrastrarse con muchísima suavidad por la yerba en que estaba sentado, y de apartarse lentamente del árbol sin hacer ningún movimiento brusco, sin sobresalto, sin el más mínimo ruido. Con la frente cubierta de sudor y rechinándole los dientes de espanto, deslizóse con tanta lentitud, con tanta precaución que las serpientes no percibiendo que mudase de sitio, mantuviéronse quietas.

Al cabo de cinco eternos minutos, Tungng había recorrido una docena de pasos, y entonces creyéndose ya suficiente lejos, y no pudiendo resistir por más tiempo su conmoción, brincó como un gato, dando un estridente grito, y se salvó corriendo con extraordinaria velocidad, dejando á las najas sorprendidas de su súbita fuga y mirando estúpidamente hácia el lado por donde acababa de escaparse.

No recobró el aliento hasta que hubo llegado á cuatrocientos metros de distancia, cerca de un bosque bravo, donde creyó oír los rugidos de tigres, lo cual era salir de un peligro para caer en otro no menos espantoso. Detúvose, evitó despertar la atención de las fieras, retrocedió hácia el punto de donde venía con ánimo de dar un rodeo á alguna distancia de aquel sitio y con la secreta esperanza de recobrar su equipaje. ¿Acaso no era posible que los reptiles se dispersasen súbitamente, como acostumbra, y desapareciesen? En este caso podía encontrar su morral que tanto necesitaba. Había retrocedido trescientos pasos, cuando un inesperado espectáculo le hizo detenerse detrás de una roca.

Un rinoceronte, á quien, sin duda picaban los tábanos y las sanguijuelas, salía gruñendo de un lado de un pantano, y corría al árbol de las serpientes para frotarse el cuello y los costados. Era un unicornio de cuatro piés de largo, de dos de altura y de una corpulencia proporcionada, como muchos de los que viven en los bosques del reino de Siam. Sin duda se le habían pegado legiones de sanguinarios é incómodos parásitos al atravesar algún pantano y al revolcarse por el cieno, pues que en su dura piel, más gruesa aún que la de un elefante viejo, sentía una comezon tan insoportable que se rascó en el árbol hasta el punto de desolarse.

Viéndose turbadas en la pacífica posesión de su enramado asilo, las najas se enroscaron irritadas; hincháronse y silbaron sin llegar á inti-

midar al rinoceronte, que continuó agitando el árbol con su corpulento cuerpo, y á sacudirle como si fuese un sencillo bambú, rascándose en él gruñendo de gusto y prorumpiendo en suspiros de contento.

Dos de los mayores de aquellos reptiles bajaron por el tronco del árbol para morder en el hocico y expulsar de allí al inquieto rinoceronte, el cual, en un abrir y cerrar de ojos los mató de una cornada, sin dejar de rascarse. Asustados los otros reptiles encaramáronse á las más altas ramas, donde se entrelazaron y quedaron agrupadas.

Entonces la escena tomó un carácter muy interesante para Tungng; el árbol agitado en todos sentidos, balanceado, removido, encorvado y medio desarraigado, dejó de ofrecer seguridad para las najas, que se desprendieron sucesivamente unas de otras, cayendo alrededor del paquidermo que las aplastó con los piés. Cuando las hubo muerto á todas, el rinoceronte, calmada ya sin duda su comezon, abandonó el árbol, y contento de su alivio, se internó por matorrales, al parecer impracticables, abriéndose paso por entre ellos. Todo esto no duró más que unos cuantos minutos.

Tungng permaneció todavía un instante detrás de la roca, y viendo que todo estaba tranquilo á su alrededor, adelantóse hácia el árbol y contempló el destrozo causado por su inesperado auxiliar.

«Ah! ah! hijas del demonio, exclamó mostrando el puño, á las inertes najas, ya habéis recibido el castigo que merecáis, ¡guárdeos el infierno para siempre en sus negros antros!»

Después de desahogar su pecho con esta exclamación, buscó con la vista su morral, y tuvo el gozo de hallarlo intacto, con solo una insignificante rasgadura. Recogiólo, y después de examinarlo y registrarlo, se lo echó á la espalda sacando antes el revolver, que juzgó útil llevar en lo sucesivo en el cinto con el cuchillo de caza.

Así pertrechado, con el hacha en una mano y el baston herrado en la otra, abandonó su nocturno albergue, prometiéndose á sí mismo ser menos confiado en lo sucesivo y escoger con más cuidado los sitios de descanso.

Por el camino cogió tres ó cuatro frutos de los muchos que colgaban de los árboles de que estaba rodeado, comiólos con apetito, y gozoso de que tan feliz término hubiese tenido su primera

aventura, volvió á emprender la marcha, alegre y precavido, por la parte de levante.

Después de una penosa jornada de ocho horas, durante la cual sirvióse á menudo del hacha para cortar las ramas y las malezas que le interceptaban el paso, hizo provision de ananas y otros frutos, examinó atentamente el sitio en que se hallaba, y convencido de que podía descansar en él con toda seguridad, instaló allí su campamento.

Las aves, las mariposas y por desgracia los misticos, que sin cesar salen á millares de los pantanos y de los rios de Siam, llenaban el aire con sus cantos y sus zumbidos.

Tungng cortó una rama de palmera de muchas hojas, con las cuales formó un abanico para preservarse de los insectos más incómodos, y comió sus provisiones con tanto apetito como si fuera arroz con pescado. No hay, en efecto, cosa más deliciosa que la perfumada anana que se derrite en la boca, y el durion, esa reina de las frutas, que tanto abunda en la península indochina; nada más agradable que ella después de una larga correría en tiempo de fuerte calor, como la que acababa de hacer Tungng que había recorrido seis ó siete leguas abrasado por los rayos de un sol ardiente.

Quando se sintió algo descansado y con el estómago satisfecho, entabló un soliloquio sobre Ma y el elefante blanco, durante el cual se entretuvo en hablar largamente de la sempiterna fábula de todos los países de la piel del oso y de la vasija de leche, y soñó con el buen éxito de su empresa y con la indecible felicidad de estar al lado de la hija del rey convertida en esposa suya, distribuyendo gracias y favores; dotando pagodas, manteniendo á talapuinios y viéndose colmado de honores, de bendiciones y de gloria.

En uno de los momentos en que interrumpió su soliloquio para cazar los misticos que le acometían sin cesar, observó que no estaba solo.

Al extremo del claro del bosque en que se hallaba, un individuo de penetrante mirada atisbaba todos sus movimientos con grande y curiosa atención. Sorprendido Tungng, miró al intruso, y vió que era un enorme mono de la talla de un orangutan y de la familia de los cinéfalos, con quien corría peligro de pasarlo mal.

Entre el sinnúmero de monos que pueblan los bosques de Siam, existe uno que es el menos común, y que se confunde á veces con el babuino, igualmente feroz que el mandril. Comunmente

vá solo y es menester guardarse de irritarlo; un gesto, una amenaza, una sonrisa basta para exasperarlo, y en general es de detestable genio.

El hombre le infunde tan poco miedo que con frecuencia le acomete, le coge por la cintura ó por el cuello rechinando los dientes, chillando y hasta riendo de un modo satánico, según expresión de varios viajeros, y le golpea ó ahoga.

(Se continuará.)

FÁBULAS ÁRABES.

I.

EL CABALLERO Y LA SERPIENTE.

Un caballero árabe armado con una lanza, viajaba por el desierto. Al caer de la tarde, ve á lo lejos un fuego considerable, espolea su cabalgadura y recorre de un tiron la distancia. Quando llega, ve una serpiente que silbaba y luchaba por salir de un círculo de llamas. El reptil le dijo:

—Sálvame, te recompensaré.

—Temo que me hagas daño, respondió el jinete.

—No temas.

A estas palabras el hombre tendió su lanza, la serpiente se enroscó á ella y fué arrancada á una muerte segura.

Al mismo tiempo habríais visto al animal bajar escurriéndose por el palo hasta el cuello de su libertador, al que se enroscó para ahogarlo.

—¿Qué haces? exclamó el viajero.

—Voy á matarte, dijo la serpiente.

—¿Y por qué, gran Dios?

—Porque en la tierra el mal es la recompensa del bien.

El caballero dijo estremeciéndose:

—Espera por lo menos que hayamos consultado tres árbitros.

—Con mucho gusto, respondió el animal venenoso.

Y anduvieron por las arenas sin que el verdugo soltase su presa, hasta llegar á una palmera que se mecía á impulsos de la brisa. Al acercarse, el hombre dijo:

—He salvado la vida á esta serpiente y quiere ahogarme, porque la ingratitud está en el orden de la naturaleza, y porque en la tierra se recompensa el bien con el mal.